El pasillo de las habitaciones nuevas

Texto original · Shyvirelle

A Abril le habían encargado convertir un piso grande en tres estudios pequeños. El edificio se llamaba La Cornisa, aunque no tenía vistas al mar ni ninguna cornisa digna de ese nombre. Tenía cuatro plantas, una escalera de piedra y un pasillo del segundo piso que medía exactamente catorce metros desde el descanso hasta la ventana del fondo.

Abril lo midió dos veces. Era arquitecta y había aprendido que las paredes, a diferencia de los propietarios, rara vez discutían las cifras.

—Aquí no dibuje puertas nuevas —dijo el portero, don Eusebio, al verla extender el plano sobre el alféizar.

—No se preocupe. De momento solo son líneas.

El anciano miró su lápiz rojo como si reconociera un instrumento peligroso.

Esa tarde Abril dibujó una puerta en el plano del 3B. Con un cuarto adicional de dos metros y medio de ancho por tres de largo, el comprador obtendría un estudio con dormitorio independiente. En el contrato de reforma constaba que Abril recibiría una prima si lograba aquel reparto sin reducir los metros anunciados. Rotuló el rectángulo «3B, dormitorio» y firmó al pie de la hoja.

A la mañana siguiente, en el pasillo del segundo piso había una puerta donde el día anterior solo existía una pared.

Tenía el número 3B escrito con tiza en un papel sujeto al pomo. Abril se quitó los guantes, buscó su cinta métrica y recorrió el pasillo desde la escalera: catorce metros. La puerta nueva empezaba a los ocho metros y cuarenta centímetros, tal como indicaba su dibujo, aunque el 3B quedaba una planta más arriba.

Dentro encontró la habitación que había proyectado. Tres metros de fondo, dos metros y medio de ancho, ventana estrecha y olor a yeso húmedo. La línea de lápiz se había convertido en pared, pero el edificio no había crecido un centímetro.

—¿De dónde ha salido el espacio? —preguntó.

Don Eusebio no contestó. La condujo hasta la vivienda 2A, contigua al tramo nuevo. En la cocina, Tomás Prat contemplaba un armario abierto contra una pared lisa.

—Ahí estaba el dormitorio de mi madre —dijo—. Anoche se acostó en él. Esta mañana la puerta ha desaparecido, pero la oigo golpear, lejos, detrás de las paredes.

Abril vio la marca rectangular del cabecero sobre la pared de la cocina. La habitación recién dibujada medía siete metros y medio cuadrados. También el dormitorio desaparecido.

Por la noche volvieron los golpes. Venían de una puerta al extremo de un corredor de servicio que figuraba tapiado desde hacía años. Abril la abrió con esfuerzo y encontró a la señora Prat sentada en la cama, junto a una lámpara que aún estaba encendida. Había pasado el día entero allí, sin ventana al exterior. Su hijo la abrazó sin comprender cómo habían podido perderla dos veces.

El portero esperó a que se marcharan.

—Cada puerta nueva toma una habitación que ya existe —admitió—. La casa se arregla a sí misma moviendo lo que estorba.

—Eso es imposible.

—Por eso le pedí que no dibujara.

Abril quiso romper el plano. Don Eusebio le sujetó la muñeca.

—Antes de hacerlo, mire lo que hay debajo.

La llevó al antiguo cuarto de los contadores. En un armario había rollos de planos amarillentos. El de 1997 mostraba un apartamento 2C de tres piezas, entre la cocina de la señora Prat y el hueco del ascensor. En las versiones posteriores el 2C no existía. Una línea gruesa lo había convertido en «superficie disponible» para ampliar los dos pisos vecinos. Junto a la corrección figuraba una firma, como la de Abril, y una cifra de beneficio por la operación.

—¿Qué pasó con los vecinos?

—La familia Barea. No salieron antes de que cerraran el expediente.

Don Eusebio explicó que, durante años, había dejado bolsas de comida en un montacargas inutilizado. A veces desaparecían. De vez en cuando alguien devolvía una nota, siempre con la misma pregunta: «¿Por dónde se sale?». Había hablado con el administrador, con antiguos dueños, con quien quiso escucharlo. Todos lo atribuyeron a las confusiones de un hombre mayor.

Abril encontró la última nota. La tinta aún estaba fresca.

«Mamá ya no puede subir los escalones. Si alguien viene, siga el ruido del agua».

En la noche siguiente dibujó una prueba: una línea recta que unía la puerta nueva con el viejo montacargas, sin habitación intermedia. La firmó, pero no asignó metros a nadie.

Cuando dieron las doce, el pasillo se alargó hasta una curva que Abril no recordaba. Desde la curva se oía caer agua, gota a gota. Caminó quince pasos y encontró una puerta sin número. Al abrirla vio un comedor con una mesa puesta para dos, una tubería que goteaba en una olla y un hombre de unos treinta años que se levantó bruscamente.

—¿Ha venido por el cuarto? —preguntó él.

Se llamaba Daniel Barea. Había entrado allí con diecinueve años, cuando su madre se negó a abandonar la vivienda antes de recibir otra llave. Habían sobrevivido con las bolsas del montacargas y el agua de aquella tubería. Dentro no había amaneceres, solo una claridad gris que llegaba por un ventanuco imposible. Los relojes avanzaban, pero las estaciones no pasaban.

Su madre dormía detrás de una cortina. La joven de la foto adjunta al plano viejo era ya una mujer de rostro cansado.

—Vengan conmigo —dijo Abril.

Los acompañó hasta la curva. Al otro lado acababa de levantarse una pared que no estaba allí al entrar. Daniel apoyó la palma en los ladrillos nuevos.

—Siempre sucede —dijo, sin sorpresa.

Abril comprendió que su prueba había abierto un acceso sin reservarle superficie. El edificio lo había permitido durante unos minutos y había recuperado inmediatamente el espacio de alguna otra parte. No bastaba con dibujar una línea: había que quitarle a alguien los metros que esa línea ocuparía.

Volvió al descansillo siguiendo el sonido del montacargas, con la voz de Daniel aún detrás de la pared. En la vivienda 3B, el comprador esperaba el resultado de la reforma. Había llevado un folleto: en la ilustración aparecían tres estudios perfectos y un corredor demasiado estrecho para ser real.

—Con su dormitorio extra podemos cerrar la venta hoy —dijo—. Su prima está autorizada.

Abril desplegó la hoja firmada. El dormitorio nuevo ocupaba exactamente la franja que necesitaba para crear un pasillo común de un metro y veinte centímetros, desde el descansillo hasta el cuarto perdido. Si anulaba el dormitorio, los tres estudios volvían a ser dos. Se acababa la prima, quizá también el encargo.

—No puedo entregarle ese espacio —respondió.

El comprador se inclinó sobre el papel.

—Pero está firmado.

—Por mí.

Abril tachó la asignación «3B, dormitorio» con dos líneas gruesas. Debajo escribió «paso común, acceso permanente». Separó la hoja de bonificación del expediente y la rasgó en cuatro partes. No pidió al edificio que inventara metros: devolvía los que había prometido vender.

El comprador se marchó amenazando con demandarla. Don Eusebio se quedó con ella hasta medianoche, al pie de la escalera.

La puerta del 3B apareció primero. Luego cedió como una lámina de cartón mojado. En su lugar se abrió un corredor estrecho, largo y alumbrado por una bombilla amarilla. Al fondo sonó una olla al caer.

Daniel salió sosteniendo a su madre por un brazo. Llevaba una bolsa de tela y el cuaderno donde, durante años, había anotado las cantidades de pan que recibían. Su madre se detuvo en el descanso y cerró los ojos ante el aire frío de la escalera.

En el segundo piso, la señora Prat encontró de nuevo la puerta de su dormitorio. Las marcas de la cocina ya no señalaban un hueco, sino la pintura antigua alrededor del marco.

La policía acudió cuando Abril y Eusebio mostraron las notas, los planos y las personas que habían vivido detrás de ellos. Nadie pudo explicar todos los detalles. Sí pudieron comprobar que había un piso legalmente desaparecido y dos testigos que no habían abandonado el edificio en años. Abril entregó las copias que había hecho aquella mañana.

Al amanecer regresó por su cinta métrica. El corredor nuevo seguía allí y Daniel había colocado una silla a la entrada para que su madre descansara cuando quisiera ver el patio.

Abril caminó desde el primer escalón hasta la ventana del fondo. Contó catorce metros, luego catorce y medio, luego trece. Repitió la medición tres veces.

Dejó la cifra en blanco.

Había habitaciones que necesitaban una puerta mucho más que una medida. Y ahora, al menos, una de ellas tenía salida.